

EL TERRITORIO Y LAS CIENCIAS SOCIALES: UNA RELACION CAMBIANTE Y SEGMENTADA

Nayibe Peña Frade

Socióloga de la Universidad Nacional de Colombia. En la actualidad es profesora del Area de Sociología del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma. Su dirección electrónica es nayibefrade@yahoo.com

Introducción

Un sueño más de la Modernidad se transforma en pesadilla y en paradoja: la pérdida de la tierra como anclaje y como el albergue del linaje. La sociedad humana se liberó de la esclavitud de la tierra porque desde hace más de dos siglos puede producir riqueza transformando materias primas en mercancías y bienes de consumo. La tierra se convierte en suelo, apenas es el soporte de las actividades productivas de la sociedad. Es una nueva mercancía que se produce como todas las otras, que tiene un costo de producción y un precio en el mercado.

Pero esa liberación nos hace hojas al viento que se arremolinan en las ciudades para luego ser de nuevo esparcidas. La tierra ya no es la parte más sólida y perdurable de la especie fuera de ella misma, la que le da sentido y valor a una existencia que está marcada por la fugacidad y el olvido.

La tierra quedó allá, fuera de las ciudades que se multiplican y crecen pero se hacen claustrofóbicas. Haberla reducido a soporte es despojarla de su cualidad, que hallaba complemento en la sociedad humana a la que albergaba y nutría.

Así también en el mundo contemporáneo hay personas, territorios, poblaciones y oficios que ya no significan, que no tienen un papel protagónico, que existen pero no son

necesarios ni funcionales para nadie. Tienen importancia sólo para sí mismos, si desaparecen no se los hecha de menos porque de tan ajenos al ritmo y la apariencia actuales resultan despreciables y prescindibles.

Ellos –territorios, poblaciones, oficios- languidecen hasta desaparecer mientras otros concentran las ganancias y las oportunidades.

El territorio en las ciencias sociales

El territorio no es un eje articulador usual de las disciplinas que forman las ciencias sociales. Para la mayoría de científicos sociales el territorio existe sólo porque en él suceden los fenómenos que resultan significativos para su disciplina o sus temas de interés. El territorio es apenas *locus*, telón de fondo.

Algunas disciplinas convierten el territorio en territorialidad, entendida como el uso específico y particular de un grupo sobre un espacio al que considera significativo. El territorio, desde esa perspectiva, es parte de una práctica social y cultural restringida y que importa por sí misma. A veces esta idea básica de territorialidad se amplía para concebir al territorio como un sistema socioeconómico que se expresa, a su vez, en un espacio objeto de disputa, el eje de análisis en este caso es la distribución del poder local o regional. Las ciencias sociales usan el territorio como una variable y orientan el análisis a delimitar su capacidad explicativa sobre una acción social específica.

Ejemplos en los que coinciden las dos concepciones anteriores son los estudios de caso de las zonas esmeraldíferas, coqueras o de cualquier otra explotación que genere riquezas y conflictos relacionados con su apropiación, o los estudios sobre cambios culturales en comunidades que sufren procesos de emigración, pérdida de tierras o de acercamiento a grandes centros urbanos, por expansión de éstos o por la apertura de carreteras.

Algunos análisis sobre el conflicto armado han incluido al territorio, la perspectiva más usual es la puesta en duda de la soberanía del Estado que se manifiesta en la imposibilidad de controlar y planificar el territorio, las dinámicas económicas y la población; la guerra aparece como la desmembración del cuerpo nacional en zonas apropiadas por un sistema de dominación particular que defiende la soberanía que logró de otros actores armados que se la disputan.

En una guerra el territorio subsume a la población y la convierte en una característica favorable o adversa según la lógica del ataque y la defensa, tanto como pueden serlo una hondonada o una colina, un río o un pantano. Desde una óptica bélica un grupo social está en el mismo nivel que una cueva, un camino o una planicie: sirve o no para atacar o defender, se puede controlar y mantener dominado o no, así se convierte en trinchera, bastión y escudo humano. Del dominio militar se pasa al social y después sí al dominio y usufructo económico, hasta que no se consolide el anterior, el siguiente no tiene garantías de éxito. En Colombia coexisten estos dominios en diversas escalas, lo que apenas comienza en unas regiones en otras ya ha terminado.

Otras perspectivas

Algunas disciplinas de las ciencias sociales ven en el territorio el paisaje cultural, el ecosistema o la geografía humana o económica; el territorio es una manifestación de las actividades transformadoras de la sociedad que lo habita y lo utiliza. Desde esa perspectiva el territorio es sobre todo una víctima de la acción humana que, casi por definición, se califica de depredadora. Para esa concepción de territorio la ciudad es el ente contaminante y arrasador por excelencia, la enemiga de la naturaleza, la antípoda de la conservación y el equilibrio. De igual manera, la creación de riqueza y los consecuentes aumentos de

consumo y producción de desechos son convertidos en la característica fundamental –y hasta única- que define a la sociedad humana de la Modernidad

El territorio también es considerado vestigio porque en él quedan restos superpuestos de acciones humanas y sociales distintas, unas que arrasaron con otras, algunas que coexisten a pesar de sus antagonismos. Desde ese punto de vista pueden considerarse, por ejemplo, la coexistencia de las economías campesinas y las agroexportadoras o empresariales capitalistas; o las culturas de colonización en contraste con las indígenas y las afrocolombianas en referencia a la relación de dominación o de cooperación, respectivamente, que establecen con el entorno; o los usos suburbanos que coexisten con usos agropecuarios pero que se van imponiendo en la forma de pérdida de empleos rurales o praderización de tierras productivas.

Y habría, por lo menos, un sistema interpretativo más: el de los pobladores tradicionales o ancestrales, que incluyen comunidades étnicas, y para los cuales el territorio es identidad y factor imprescindible para la reproducción, no sólo social y cotidiana sino cultural e histórica. La significación del territorio no se agota en lo económico o lo militar sino que incluye la existencia misma del grupo social, es factor importante de su identidad. En este caso el territorio es una prolongación, al tiempo que un generador, de prácticas sociales y lingüísticas, hay que ir a determinado lugar para comprender un dialecto o un sistema de parentesco o una religiosidad porque esos productos de la cultura no se pueden entender sin ese territorio específico. En algunos lugares lo humano y la naturaleza se hacen uno en el territorio, esos sistemas complejos, esas alteridades, parecen condenadas a desaparecer.

En ese mismo contexto, Colombia, en términos de poblamiento, es una sucesión de relatos de colonización generalmente orientados por un río y una familia. Son las historias de hombres y mujeres que se van de las zonas pobladas porque fueron expulsados de manera violenta o por la pobreza, buscando un territorio donde reiniciar la existencia; después de

algunos años los que primero llegaron se convierten en comerciantes y líderes, poco a poco van formando un pueblo que generaciones después ha adquirido importancia regional. En estas historias confluyen cultura, sociedad, territorio, política y economía.

Pero ninguna de esas perspectivas explica de manera suficiente lo que está sucediendo con el territorio en el mundo contemporáneo o, más exactamente, en la fase actual del modo de producción capitalista.

Los ejemplos anteriores tienen algo en común: el territorio es inextricable de la sociedad, están –espacio y sociedad- en un mismo nivel de análisis. En otras palabras: nos muestran un territorio humanizado y significativo, el socio de un destino compartido, el prójimo, el siamés.

Pero hay concepciones que despojan al espacio de ese sentido humano, que lo cosifican y al hacerlo lo ponen en otro nivel, lo subordinan y, en últimas, lo desaparecen como objeto significativo de la cultura. Es un proceso que incluye la multiplicación de actores disputándose el control del territorio para fines particulares. La mayoría de esos nuevos actores se orienta según una lógica cuantitativa que contradice la lógica cualitativa de los actores anteriores, esos que ya fueron reemplazados o están sufriendo el proceso de ser sustituidos.

El territorio como objeto que se redefine

Sobre el territorio se ciernen nuevos sistemas de normas e interpretación, está expuesto a la presencia y competencia de lógicas diversas y antagónicas, encarnadas en múltiples actores sociales, distintos en muchos sentidos pero de manera especial en los recursos reales que tienen para defender o imponer su interés en el espacio.

Tal es el caso, por ejemplo, de los Planes de Ordenamiento Territorial, POT, en los que se manifiesta la lógica de un Estado globalizado, buscan ordenar el territorio de una jurisdicción determinada, aunque hay jurisdicciones que exceden lo municipal y pasan a ser metropolitanas, regionales o provinciales. Sin embargo, las ideas que orientan a todos los POT son las mismas: eficacia en el uso de recursos naturales, económicos y socioculturales que están dentro del territorio; identificación, control y fortalecimiento de unas tendencias de uso y tenencia del suelo por sobre otras; identificación de potencialidades económicas y vocaciones del territorio y creación de las condiciones materiales, institucionales y espaciales necesarias para llevarlas a la realidad; inserción del territorio dentro de dinámicas económicas de carácter regional o nacional, entre las principales.

En esa lógica, la ordenación del territorio se orienta al estímulo y aprovechamiento de externalidades -resultados económicamente positivos pero no previstos o pretendidos de las actividades productivas que pueden ser utilizados por todos los agentes económicos que concurren en un territorio- y a la creación o fortalecimiento de clusters -aglomeraciones de empresas grandes y pequeñas que no compiten entre sí sino que se complementan. Las zonas francas son una forma de clusters que se crean para captar capitales internacionales y que, por eso mismo, quedan eximidas de cumplir la legislación laboral nacional.

Es la lógica de la economía mundo que señala a unos territorios como deseables para la inversión extranjera o para la explotación orientada al mercado internacional. Lo grave es que esta lógica fortalece al fuerte para hacerlo más competitivo y debilita al débil para removerlo como forma de producción atrasada, como rémora que impide el despliegue de potencialidades.

Estos diferentes criterios de localización pueden confluír y conjugarse en un mismo territorio. La lógica del modo de producción capitalista es reducir los costos de los factores de producción, lo novedoso es que ahora puede hacerlo cambiando de localización

determinados procesos productivos, esa relocalización está determinada sobre todo por tres razones: el costo mucho más bajo de la mano de obra no calificada o semicalificada en países pobres, la firma de tratados comerciales que permiten el flujo de materias primas, insumos y mercancías sin pagar aranceles y la libre circulación de capitales y, por último, los mercados más amplios, diversos y con más consumidores en los países ricos.

El único ejemplo de reducción de costos cambiando la localización no son las maquilas - una empresa tiene la marca, los procesos, estándares e insumos y empresas de otros países ensamblan o terminan el producto-, también lo son el outsourcing y todas las formas de externalización que a la larga son subcontrataciones, esto es, empresas pequeñas que sirven a las grandes en algún proceso específico que requiere la producción de determinado servicio o mercancía; el problema es que estas pequeñas empresas, además muy dependientes de un cliente único, terminan por asumir los costos derivados de los cambios en el mercado.

Sin embargo, en este punto hay otro proceso involucrado, algunos lo han llamado la integración horizontal de empresas. Los procesos productivos se fragmentan y se deslocalizan, mejor dicho, lo que antes se hacía en una misma fábrica ahora se puede hacer en distintas empresas, regiones de un mismo país o en diferentes países. De esa forma muchas empresas transnacionales pueden portarse como compradores y vendedores de ellas mismas, por ejemplo, pueden importar piezas o insumos de la misma empresa en otro país y luego exportar manufacturas terminadas que compra la casa matriz, el proceso se hizo en diferentes países pero lo realizó una sola firma. Lo interesante es que todo ese flujo queda registrado como importación o exportación de los países involucrados, esas cifras deformadas proporcionan argumentos tanto a los detractores como a los defensores de los tratados de libre comercio.

Una consecuencia de estas dinámicas geopolíticas y económico-espaciales es que el mercado interno queda librado a la producción de pequeñas empresas artesanales, que no usan tecnología, que producen en baja escala y sobreexplotan la mano de obra; pero son los únicos bienes, servicios y mercancías a los que pueden acceder los grupos sociales empobrecidos, marginados y atropellados por la producción orientada al mercado internacional. Mejor dicho, sólo los pobres producen para los pobres. Esa es la forma que adquieren ahora las relaciones capital-trabajo y producción-consumo. La paradoja es que ese capitalismo de pobres para pobres produce a mayor costo que el de ricos para ricos.

Sistemas de interpretación territorial que no tienen una apariencia evidentemente económica

Hay otra concepción del territorio: la político militar que muestra a un territorio como estratégico para, al mismo tiempo, imponer los intereses de un actor y torpedear los de sus enemigos. Esos intereses no son sólo de actores locales, en nuestro caso guerrillas, paramilitares y ejército regular, sino de actores y poderes internacionales o mundiales, por ejemplo, la ideología antiterrorista de EU que esconde un interés de dominio territorial para asegurar intereses económicos privados. El territorio adquiere importancia estratégica porque puede convertirse en base militar, en enclave industrial, en ruta aérea, en puerto de embarque, en explotación de yacimientos o en complejo turístico. En este proceso convergen lo económico y lo político-moral en la medida que se trata de homogeneizar un territorio que tiene componentes culturales, de achatarlo para desplegar así un dominio más efectivo y racional.

La tecnología podría ser otra lógica en competencia para interpretar y dominar el territorio, pero no una tecnología abstracta o generalizada sino la que está al servicio de la producción para mercados internacionales y el comercio mundial; aquella que puede identificar y crear nuevos productos que se convertirán en mercancías de gran consumo. Esa tecnología

apunta al territorio y sus habitantes ancestrales como fuente de recursos naturales potencialmente comercializables y convierte el saber y las prácticas curativas o alimentarias tradicionales en una mercancía que puede ser reproducida y explotada. Obedece a la necesidad simultánea de ampliar los mercados y especializar los consumidores.

Una tercera interpretación pasa por los tratados internacionales de libre comercio que pretenden, primero, ubicar todas las mercancías en todos los mercados, segundo, remover cualquier tipo de interferencia o límite a la circulación de capitales y mercancías y, tercero, eliminar las distinciones entre mercancías nacionales y extranjeras para que todas sean amparadas por su condición más general: ser objetos para el consumo humano. Es la lógica de lo indiferenciado, de la pérdida de toda particularidad, no sólo en los objetos sino en las personas mismas cuya identidad básica, genérica y universal pasa a ser la de consumidores.

Estos nuevos sistemas de interpretación se interpenetran con los anteriores, a los que podríamos llamar “clásicos” o “tradicionales”, y muestran al territorio como un objeto complejo de pensamiento. Esa circunstancia -que empieza a ser epistemológica- muestra temas que exigen ser revalorados porque están en una especie de zona gris: ya no son relevantes para unos sistemas y aún no lo son para otros.

Las vetas por explorar

Las transformaciones en la significación del territorio son un tema para la historia: antes de la consolidación de un orden económico mundial ¿qué criterios jerarquizaban a los territorios en términos de su mayor o menor valor? Y ¿a qué tipo de valor se hacía referencia? Algo debe haber pasado entre el hacendado o el terrateniente y el empresario

capitalista agroexportador, o entre la tierra concebida como Nación y el uso transnacionalizado que tiene hoy. El análisis que se requiere no sólo se agota en términos económicos y sociales sino en la significación política y cultural del territorio.

La posesión de la tierra siempre ha conferido poder político porque implica el dominio de personas, bienes y recursos, pero la tierra es hoy sobre todo mercancía, valor de cambio. En el mercado se venden no sólo las hectáreas, su capacidad productiva, sus diversos accidentes geográficos y su localización sino, sobre todo, su potencialidad como fuente de renta, lo cual incluye su entorno y su contexto histórico-político.

Esa potencialidad a veces está por fuera del territorio mismo, en los centros de poder que toman decisiones que afectan la configuración de los territorios: el paso de una carretera, la construcción de una hidroeléctrica, la introducción de un cultivo agroindustrial... Pero también el auge de un nuevo producto agrícola, la creación de biotecnología de punta o el surgimiento de cualquier forma de amenaza a ese capitalismo expansionista e invasivo.

Entonces, al uso, valor y precio de la tierra se asocia hoy el conocimiento de su valor geopolítico o de su potencial productivo, referido éste, a su vez, al gusto o interés de consumidores de países del norte. Son factores externos que determinan su precio en el mercado y cuyo conocimiento no está al alcance de cualquier comprador, requiere la comprensión de una dinámica económica global expresada en los planes de inversión o de acción del Estado y de los grupos hegemónicos nativos e internacionales.

La movilidad es otro tema clave que deben repensar las ciencias sociales: la gente es más móvil ahora pero también lo es menos. Las personas no nacen ya con un destino marcado, la pertenencia a un sistema cultural-territorial o la herencia de un modo de vida pueden superarse con más facilidad y rapidez; pero, por otro lado, las decisiones de localización y

residencia que toman los individuos están marcadas por las ofertas de vivienda o de tierra que, a su vez, se han concentrado en agentes inmobiliarios capitalistas.

Las personas ya no viven como quieren en realidad sino como pueden pagar, pero esa no es la única variable, más que su poder adquisitivo pesa lo que ofrece un mercado estandarizado y homogeneizante. El mercado dice qué es exclusivo o cómodo o hermoso y esa es la mercancía que ofrece. Es decir, no hay nada que no sea de hecho o no pueda llegar a ser mercancía, cada vez hay menos posibilidades de construir estilos de vida que contradigan o, al menos, estén por fuera del mercado.

Hay cambios profundos también en el papel de las ciudades en el territorio. Antes había una ciudad y un campo y la separación entre ambos era clara, hoy los flujos económicos los integran en un mismo universo. Y es que la ciudad ya no sólo es el espacio edificado –la segunda naturaleza- que se extiende sobre territorios aledaños y los subsume; ahora es el tejido de decisiones, de argumentos, de intereses y acciones económicas y políticas que tiene incidencias profundas sobre el territorio. La ciudad ya no es sólo lo físico-material sino también una especie de cultura del dominio y el lucro, una lógica que se extiende y homogeneiza a los territorios.

La división de funciones ya no es tan sencilla como antes: la ciudad consume y el campo produce, la ciudad contamina y depreda y envía al campo sus desechos, la ciudad es la cultura y el campo la naturaleza o, peor aún, la ciudad es la civilización y el campo la barbarie. Ya no hay una diferencia obvia y tajante entre lo rural y lo urbano porque sobre ambos espacios gravita un modo de producción universalizado y hegemónico.

La industria se localiza en las tierras o municipios cercanos a las ciudades pero fuera de ellas y cambia su uso y las expectativas de las personas. Introduce actividades urbanas y con ellas procesos de salarización y relaciones contractuales. El campo se perdió como el

espacio exclusivo de las actividades agropecuarias y de la comunidad, ahora esas mismas actividades se hacen a una escala tal que se han vuelto industriales; desaparecieron tanto el campesino arrendatario o pequeño propietario como el terrateniente latifundista. Ahora hay empresarios capitalistas y asalariados.

Además, las ciudades más grandes van creciendo y alcanzan a los municipios que las rodean (conurbación, se llama ese proceso). Los migrantes llegan a esos municipios conurbados o en proceso de conurbación y no a la ciudad núcleo, que ya está llena. Las tierras que circundan a las ciudades están condenadas a desaparecer como suelo rural, bien por el proceso anterior o por uno simultáneo pero propio de los sectores de mayor ingreso: la suburbanización en forma de condominios o casas semicampestres. Bogotá “soluciona” sus déficit de vivienda para pobres en los municipios del sur y del occidente de la Sabana y de vivienda para ricos en los municipios del norte y noroccidente.

Por otro lado, las relaciones centro-periferia han sido suplantadas por otras de inclusión-exclusión, ya no son tan relevantes los dominadores y subordinados sino los incluidos y excluidos. Más que pobres y ricos hoy se habla de integrados y marginados. Lo mismo pasa con los territorios. Y ya ni los estados, ni las empresas, ni la sociedad civil piensan que esos excluidos sean su responsabilidad o constituyan una realidad que confronta e impugna. Se les ve como individuos o grupos que viven una situación que se buscaron: no quisieron modernizarse, no cambiaron su mentalidad, no se subieron al tren, se quedaron rezagados, no compitieron. Su condición social y económica obedece a un rasgo de su carácter, es producto de una mala actitud y no el resultado de un orden político y económico. Por eso no son responsabilidad de nadie, están como quieren y decidieron estar.

Los organismos supranacionales que ahora dominan el mundo le aplican a los países la misma lógica: si no se integran es su responsabilidad; su pobreza o su crisis es el resultado de no haber asumido el papel que les corresponde en el orden internacional. Porque sean

pobres o por sus circunstancias históricas no pueden pedir tratos diferenciales ni esperar ser objeto de una excepción que, además, interferiría con el flujo del comercio internacional.

A veces el valor de los territorios es claro pero las poblaciones que los utilizan y los habitan impiden que ese valor se realice, de ahí todos los procesos de expulsión, desde el desplazamiento forzado hasta la expropiación administrativa. Un valor no realizado sucede, por ejemplo, cuando una zona de la ciudad tiene buenas vías, todos los servicios, está en un lugar apropiado para el comercio o la vivienda para estratos altos pero está habitado por personas pobres. Sucede también cuando un territorio tiene características adecuadas para un cultivo agrocomercial a gran escala pero su propiedad y tenencia pertenece sobre todo a pequeños y medianos propietarios que trabajan para su subsistencia o que producen apenas para el mercado local.

En ambos casos la población asentada no puede invertir para adecuar el espacio que habita para el uso más rentable, por eso es expulsada, a las buenas –subiendo impuestos, encareciendo servicios- o a las malas –por amenazas o intimidación. Se libera así el territorio para que los agentes comerciales más competitivos hagan realidad su valor potencial y se apropien de las ganancias. Este proceso es perverso, por razones obvias, pero también por algo muy sutil: a veces el valor potencial de un territorio está determinado por preexistencias sociales y culturales (paisaje, hitos históricos, buenas vías, significación para la ciudad) que fueron objeto, a su vez, de un trabajo social y colectivo que ahora resulta apropiado por un actor privado.

La renta del suelo muestra el territorio desde una perspectiva completamente distinta. Antes bastaba que una persona tuviera el dinero suficiente para que accediera al predio rural o urbano de su preferencia, una vez el predio era suyo lo explotaba según su real saber y entender. Pero ahora el acceso a la propiedad de la tierra rural o urbana es restringido, y no sólo porque haya aumentado su precio sino porque está concentrada, casi que retenida

porque se la reserva para el mejor momento posible de realizar su valor potencial, sea como suelo urbano o para negocios transnacionales.

El nuevo propietario tampoco puede usar la tierra que compró como se le antoje, tiene que articularla a la producción que impera de hecho o que se está consolidando en toda la región. Desde esta perspectiva se entienden mejor los cluster de los que se hablaba en otra parte del documento. Los procesos y dinámicas de desarrollo tienen más fuerza que la voluntad o deseo de los propietarios, tanto en el suelo urbano como en el rural. A veces adquieren tal empuje que exceden la voluntad o los planes mismos del Estado.

De esa forma se concreta la pérdida de soberanía del Estado sobre los territorios y de control sobre sus procesos sociales y económicos. El ordenamiento territorial en muchos lugares del país es parcial y segmentado o puramente remedial; el territorio ya no es susceptible de planificación ni instrumento de legitimidad o resocialización porque está apropiado por una lógica especulativa.

De esta forma también se pierden los microórdenes sociales que se producían en pequeñas regiones según la forma específica que tuvieran el sistema de propiedad y la explotación de la tierra. En términos económicos el minifundista y el terrateniente son actores antagónicos, pero en una lógica social son puntales de un orden que les da sentido a ambos.

Ya la tierra, por sí y para sí, no es la que tiene un valor, es la renta que puede generar, el uso lucrativo que puede albergar. Y eso no depende tanto de sus propiedades intrínsecas sino de intereses o procesos que pueden estar en ámbitos más externos y lejanos, incluso en otro país que ni siquiera tiene fronteras con el nuestro. Sin embargo, introducir la idea de otros países o estados es un poco ingenuo, en verdad el nuevo poder es el de los estrategas financieros y los inversionistas transnacionales, son sus equipos de expertos los que desde alguna oficina ultramoderna en la zona más exclusiva de una ciudad globalizada están

cambiando el valor estratégico de los territorios de todos los países, en especial de los más pobres y atrasados.

La pérdida de lo que iba a ser una ganancia

Desde estos puntos de vista podría suceder que en verdad estemos confinados al pequeño pedazo en el que habitamos cada día; tal vez lo cierto sea que podemos usar el territorio como turistas, caminantes o trabajadores trashumantes pero no como pobladores, habitantes o seres arraigados a él. Tal vez sea una exageración plantear que el locus de los anhelos y los sueños de evasión del individuo contemporáneo se redujo y quedó limitado a la ciudad, espacio justamente del cual a veces quiere huir. Sólo podemos movernos por las ciudades, la libertad ya no es anidar en una arcadia tranquila y armónica sino dejarse llevar por los embates del viento.

La Modernidad pudo desacralizar la tierra y ponerla a circular en el mercado, rompió una adscripción que le parecía poco menos que indigna. Nosotros heredamos esa libertad que se hizo carne en las ciudades, reino de la movilidad en todo sentido. Sin embargo, no está claro ni qué se gana en realidad ni quién lo gana o a costa de quién.

¿Será que Gonzalo Arango tenía razón y “todo es mío en la medida que nada me pertenece”?

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Barco, Carolina y Salazar, José (coordinadores). *TENDENCIAS RECIENTES DE OCUPACIÓN TERRITORIAL EN BOGOTÁ Y LA REGIÓN*. COLCIENCIAS, CEDE. Informe preliminar. Bogotá, 1998.

Barco, Carolina y Cortés, Rodrigo. *APROXIMACIONES A LAS DIRECTRICES DE ORDENAMIENTO TERRITORIAL PARA BOGOTÁ Y LA REGIÓN*. Convenio Corporación Andina de Fomento. DAPD, CEDE. Bogotá, 2000.

Cámara de Comercio de Bogotá, CEDE. *BOGOTÁ-SABANA: UN TERRITORIO POSIBLE*. Bogotá, 1998

Centro de Estudios Regionales, Cafeteros y Empresariales, CRECE, DANE e Institut de Recherche pour le Developpement, IRD. *DINAMICAS SOCIOECONOMICAS DEL ESPACIO COLOMBIANO*. Bogotá: 1999.

Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca, CAR. *HACIA LA METROPOLIZACION DE LA SABANA DE BOGOTÁ. POR UNA PLANIFICACION DEL DESARROLLO SOSTENIBLE*. Memorias del Foro realizado en Diciembre de 1996..

DNP, FINDETER, ACIUR. *LA INVESTIGACION REGIONAL Y URBANA EN COLOMBIA. DESARROLLO Y TERRITORIO. 1993-1997*. Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1998. Volúmenes 1 y 2.

Dureau, Françoise y Flórez, Carmen Elisa. *DINAMICAS DEMOGRÁFICAS COLOMBIANAS: DE LO NACIONAL A LO LOCAL*. Documento CEDE No. 96-01. Universidad de Los Andes, Febrero de 1996.

Dureau, Françoise, Dupont, Veronique, Lulle, Thierry y Levy, Jean Pierre (Coordinadores). *METRÓPOLIS EN MOVIMIENTO. UNA COMPARACIÓN INTERNACIONAL*. Universidad Externado de Colombia, IRD. Afaomega editores. Bogotá, 2002.

Dureau, Françoise, Flórez, Carmen Elisa y Hoyos, María Cristina. ***SOACHA: UN BARRIO DE BOGOTÁ. MOVILIDAD Y ACCESO A LA VIVIENDA DE LOS SECTORES ORIENTALES DEL MUNICIPIO.*** En: Desarrollo y Sociedad No. 34, Septiembre de 1994. CEDE.

Dureau, Françoise, Flórez, Carmen Elisa y Hoyos, María Cristina. ***LA MOVILIDAD DE LAS POBLACIONES Y SU IMPACTO SOBRE LA DINAMICA DEL AREA METROPOLITANA DE BOGOTÁ.*** Documento de Trabajo No. 1. CEDE, ORSTOM. Junio de 1993

Escobar, Arturo. "**Política cultural y biodiversidad: Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano**". En: Uribe, María Victoria y Restrepo, Eduardo (Editores). ***ANTROPOLOGIA EN LA MODERNIDAD.*** Instituto Colombiano de Antropología, COLCULTURA. Bogotá, 1997

Gaviria, Alejandro, Henao, Martha, Velasco, Andres y Zuleta, Alberto. ***MOVILIDAD LABORAL EN LOS PAISES DE LA REGION ANDINA.*** Fondo Latinoamericano de Reservas. Bogotá, Mayo de 2002.

Gómez, Alcides y Duque, Martha. ***TRAS EL VELO DE LA POBREZA. La pobreza rural en Colombia y los desafíos para el nuevo milenio.*** Misión Rural Vol. 3. FINAGRO, Tercer Mundo Editores, Bogotá: 1999.

Gutiérrez, Javier, Guzmán, Carolina y Jiménez, Ulpiano. ***ALGUNAS CONSIDERACIONES SOCIOECONOMICAS EN TORNO A LAS MIGRACIONES EN BOGOTÁ, 1995-1999.*** Oficina de Estudios Económicos de la Secretaría de Hacienda. Alcaldía Mayor de Bogotá. No. 16. Diciembre de 2000.

Machado, Absalón. *DE LA ESTRUCTURA AGRARIA AL SISTEMA AGROINDUSTRIAL*. Universidad Nacional de Colombia. Colección Sede. Bogotá, 2002

Misión Siglo XXI, Empresa de Licores de Cundinamarca. *ESTUDIO PROSPECTIVO DE LAS RELACIONES DE SANTAFE DE BOGOTA CON CUNDINAMARCA*. Serie El Futuro de la Capital. Bogotá, 1995.

Pachón, Alvaro. *LAS MIGRACIONES INTERNAS EN COLOMBIA 1988-1993*. DANE. Estudios Censales No. 13. Bogotá, 2000.

Sociedad Geográfica de Colombia. Academia de Ciencias Geográficas. *CUENCA ALTA DEL RIO BOGOTA. DESCRIPCION Y DIAGNÓSTICO*. Bogotá: 1998

Universidad Nacional de Colombia. *ESPACIO Y TERRITORIOS. RAZON, PASIÓN E IMAGINARIOS*. Bogotá, 2001.

Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, CES, y SENA Regional Bogotá-Cundinamarca. *¿HACIA DONDE VA LA SABANA DE BOGOTA? MODERNIZACION, CONFLICTO, AMBIENTE Y SOCIEDAD*. Bogotá: 1994

Veltz, Pierre. *MUNDIALIZACION, CIUDADES Y TERRITORIOS. LA ECONOMIA DE ARCHIPIÉLAGO*. Editorial Ariel S.A. Barcelona, 1999.